Manuel P. Delgado

¿MATRIMONIO CIVIL...?

¿MATRIMONIO CIVIL...?

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

ORIGINAL Y EN VERSO

DE

MANUEL P. DELGADO

Representado por primera vez con extraordinario éxito en el Teatro Principal de Barcelona en la noche del 18 de Mayo de 1870

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.° de la procedencia

MADRID
IMPRENTA DE D. P. LOPEZ
Cava-baja, núm. 19, bajo
Mayo 1870

PERSONAS

Doña Juliana.
Julia.
Casimiro.
Pepa.

La escena es en Madrid y en la época actual.

Esta composicion pertenece á la Galería Dramática que comprende los teatros moderno, antiguo, español y extranjero, y es propiedad de su editor *D. Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por suscricion de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10 de Enero de 1879 y publicada en la *Gaceta* del 12 del propio mes y año.

Á LA SEÑORA

DOÑA JORJA MARÍA HEREDIA

DE DELGADO

DEDICA ESTE JUGUETE

COMO DÉBIL MUESTRA DEL CARIÑO QUE LA PROFESA

El Autor.

722755

ACTO ÚNICO

El teatro representa una sala amueblada con cierta elegancia. Puerta al foro y laterales. La de la derecha, en segundo término, conduce á la habitacion de Julia. En el primero una chimenea ó consola con su espejo. A la izquierda, y en primer término, una puerta que da á la habitacion de doña Juliana. Un velador con recado de escribir y un cestillo de labores. Sillas, sillones, etc.

ESCENA PRIMERA

JULIA, haciendo labor con su canastillo, que se llevará cuando salga de la escena. PEPA, limpiando con un plumero, que dejará oportunamente.

JULIA. (Suspirando.) ¡Ay!
PEPA. ¿Llama usted?
JULIA. No te llamo;
es que suspiraba, Pepa.
PEPA. ¡Válgate Dios por suspiros!
¿La duele á usted la cabeza,
ó el estómago?
JULIA. No tal;
por ahora no estoy enferma,
gracias á Dios.
PEPA. Pues entonces
de juro tiene usted penas,
ó por lo menos se halla
en vísperas de tenerlas.
JULIA. ¿Eso crees?
PEPA. (Acercándose.) ¡Andandico!
¿Qué es creer? Estoy muy cierta,
y con razon. ¿Pues no es lástima

ser viuda, joven y bella,
y estar dos años mortales
metida en esta huronera
con doña Juliana, especie
de anfibio entre tia y vieja?

JULIA. Pobre de tí si te oyese.

PEPA. No armaria mala gresca;
siempre está gruñendo; gruñe
casi tanto como... reza.

JULIA. Aunque es la pobre algo rara,
hay que sufrir sus rarezas,
pues me ha servido de madre;
además, ella es muy buena
en el fondo, muy cristiana,
caritativa...

PEPA. ¡Y soltera,
que es circunstancia agravante
en quien ya suma sesenta!
¡Bien dijo el que dijo aquello
de... «La mujer que á los treinta
no tiene novio!...» Ya sabe
usted lo demás.

JULIA. (Riendo.) ¿De veras?

PEPA. Y tan de veras; tambien
temo yo esa penitencia.
¡Ya se ve, como una es pobre,
si por desgracia no encuentra
algun truhan que la diga:
«Por ahí te pudras, morena»,
se expone á morir con palma
sin haber visto palmeras
en su vida! Es preferible
ser viuda... á...

JULIA. ¡Qué preferencia!

PEPA. ¡Pues digo! ¿Es moco de pavo
haber ya hecho la primera
campaña con gloria? Cuántas
conozco yo que se dieran
en el pecho con un canto

por ostentar este lema:
«Se traspasa una viuda
joven... etcétera, etcétera».
Mas fácil es un traspaso
veinte veces, que una venta.
A la prueba me remito
si no; saque usted la cuenta
por usted misma: aún dos años
no hace que pudre tierra
mi pobre y difunto ex-amo
(Dios en su gloria le tenga),
y ya pretende esa mano
ainda mais... alguno...

JULIA. ¡Cesa!
¡Si te oyesen!...

PEPA. (Remedándola.) ¡Si me oyesen!...
Lindo cuidado me diera.
En fin, como iba diciendo,
tenemos galan en puerta,
y galan... de rechupete.
¿Apostemos que sospecha
usted quién es?... ¡Ba! De fijo.

JULIA. ¿Yo?... Como no te refieras
á Casimiro...

PEPA. Justito,
al mismo que viste y peina.
¡Si la que á mí se me escape!
Por algo el pobre se presta
á acompañar á la tia
á misa, y á las cuarenta
horas... y á llevarla el dogo
(que no es floja penitencia...).
¡Vamos... está enamorado
de usted... ó soy yo una bestia!

JULIA. ¡Tú lo dices, y no quiero
desmentirte! Que me obsequia
Casimiro, no pretendo
negar, y cuando conversa
conmigo suele decirme

galanterías...

PEPA. ¡Pamemas!

JULIA. Pero de esto á enamorarse
de mí, hay mucha diferencia.
Además, que muchas veces
nos prodigan mil finezas
los hombres, para evitar
sólo que no languidezca
la conversacion, y debe
toda mujer de prudencia
no convertir en sustancia
florecillas pasajeras,
porque se expone á tomar
el rábano por...

PEPA. ¡Friolera!...
Lo que es labia, no le falta
á usted, pero aquí no cuela;
don Casimiro la adora
á usted, y usted, dicho sea
con perdon, no le hace ascos;
así, clarito.

JULIA. Quimeras
tuyas... ¡Te juro!...

PEPA. ¿Jurar?
¿En estos tiempos?... ¡Se peca!

JULIA. ¿Pero si nunca me ha dicho
amores? ¡Dale! ¡Qué tema!
Por mi parte no pretendo
negar que reune prendas
excelentes, que es buen mozo,
fino, elegante, de buena
posicion... en fin, que muchos
acaso se lisonjean
con menos motivo que él
de interesar á las bellas...
pero...

PEPA. ¡Vaya por el pero!

JULIA. En cambio, segun nos cuentan
las crónicas, es ligero

de cascos, algo tronera,
muy amigo de las faldas
en general!...

PEPA. Si lo es de estas
en particular... ¿qué importa?
¡Miren qué falta! ¿Se encuentra
acaso mejor marido,
ni mas fiel, que el calavera?...
Yo me pirro por los chispas,
y así... los malas cabezas.
¡Si viera usted mi barbero
qué pillo es... y qué trastienda
tiene dentro de aquel ros!...

JULIA. Cuando una la primavera
pasó de la vida, ve
las cosas de otra manera.
Además, me dió el difunto
(téngale Dios á su diestra)
tanta guerra en este mundo,
que debo tener en cuenta
lo de que «el gato escaldado
en agua fria se quema».
Por otra parte; ¿y mi tia?

PEPA. Que busque un novio para ella
y se case. Eso sería
lo mejor... (Aparte.) Pues bueno fuera
echarle á don Casimiro
ese vejestorio á cuestas...
¡Vieja, soltera y con flato...
para qué mas epidemia!
Nada, nada, á ese galan
hay que darle una respuesta,
y si él dice, *Ave María,*
contestarle: *Gratia plena.*

JULIA. ¿Eres su abogado?

PEPA. ¡Yo!...
Le diré á usted... me interesa
su bien. (Aparte.) Por aquello de
«Dádivas quebrantan peñas».

(Se oye un fuerte campanillazo.)

JULIA. Llaman; ve, será mi tia.

(Siguen llamando estrepitosamente.)

PEPA. ¡Santa Bárbara! Ya truena.
¡Anda, anda... cómo repica!
(A una seña de Julia.)
¡Ya... ya voy!... (Aparte al irse.) Con la cabeza.
(Váse por la puerta del foro.)

ESCENA II

JULIA

JULIA. No miente, si bien lo miro,
esta chica, á la verdad.
Es mucha, mucha amistad
la amistad de Casimiro.
Pero, ¿teme mis enojos,
ó tiene su amor á mengua?
¿Por qué, pues, calla su lengua
lo que me dicen sus ojos?
En fin, sea ó no quimera,
¡si él no se acerca y me arrulla!...
(Se oyen dentro voces y gritos.)
¿Pero qué es eso? ¡Qué bulla
se siente por la escalera!...
(Dice este verso yendo á mirar por la puerta del foro.)
¡Qué voces!... ¡Me vuelven sorda!

ESCENA III

DICHA, DOÑA JULIANA, que entra regañando con PEPA. Durante esta escena se abanica con violencia, va y viene sumamente colérica, y habla muy deprisa.

JULIA. ¡Tia! (Queriendo calmarla.)

JULIANA. Apártate; me abrasa
la cólera.

JULIA. ¿Pues qué pasa?

PEPA. (Cruzándose de brazos.)
¡Que ya está armada la gorda!
JULIANA. ¡Calle la muy...!
PEPA. ¡Ya me callo;
pues digo... precisamente
me paso yo de prudente!...
JULIANA. Soy de hierro si hoy no estallo.
¡Sufrir que una mocosuela
ose el gallo levantar
á quien nunca descalzar
podrá, y ni alcanza á la suela
de mi zapato!
PEPA. ¿No es bota
tan siquiera?... ¡Yo las gasto
siendo una pobre!...
JULIANA. ¡Y un trasto!
JULIA. (Aparte á Pepa.) Cállate.
JULIANA. ¡Y una!...
PEPA. (Aparte.) ¡Hum! ¡Marmota!
JULIANA. (A Pepa.) ¿Qué rezas?...
JULIA. ¡Tia!...
JULIANA. ¡Chiton!!
¡Tú, con tanta tolerancia,
has salvado la distancia
que hay del estrado al fogon!
Y segun te mima y soba
tu doncella, no extrañara
que ella en él se abanicara
y tú cogieses la escoba.
PEPA. Oiga usted, doncella soy...
(Aparte.) No sé cómo no la agarro...
de labor, y si ahora barro,
no siempre fuí lo que hoy.
Y aunque vivo de salarios,
criada en pobres pañales,
ahora ya somos iguales,
segun rezan los Diarios;
¿está usté? y escupo amargo
cuando á la honra se me toca;

¿está usté? (Con retintin.)

JULIANA. (Tapándose los oidos.) ¿Pero está loca esta chica?...

PEPA. ¿Yo?... ¡Me largo!

(Da una rabotada, y váse por el foro riendo.

ESCENA IV

DOÑA JULIANA y JULIA

JULIANA. (Yendo al foro tras Pepa.)
¡Iguales!... ¡Republicana!
Igual ella á una Quiñones
de Azagra, Suarez Briones
Pimentel, Ponce y Pastrana?
No sé cómo me contengo
y no la araño.

JULIA. ¿Quién piensa en eso?

JULIANA. Y vengo la ofensa
hecha á mi ilustre abolengo.
Miren por dónde resuella
la bellaca demagoga.
¡Los Diarios! ¡Mala soga
en los Diarios y en ella!

JULIA. Pero á todo esto, ¿cuál fué
la causa de tal reyerta?

JULIANA. Que ha cogido con la puerta
una patita á *Chiné*.

JULIA. ¡Animalito!

JULIANA. Mis huellas
seguia, y ese pedazo
de alcornoque, de un portazo,
¡pum! le hizo ver las estrellas.
Yo, ante el feroz atropello
de que es víctima mi dogo,
no sé cómo no la ahogo
y me abalanzo á su cuello.
La digo cuanto á la boca

me viene, y aun su merced
osa decir, «¿quiere usted
que vaya á buscar á Toca?»
A Toca, para un *King-Charle*.

JULIA. ¡Ja! ¡ja!

JULIANA. (Enfadada.) ¿Te ries?

JULIA. ¡Pues no!
¡Es gracioso!...

JULIANA. ¡Rie! Yo
tentada estoy de llorarle.
¡Y tanto y tal es mi enojo,
que casi lágrimas vierto
por el infeliz!

JULIA. ¿Ha muerto,
por ventura?...

JULIANA. (Con dolor.) ¡No!... ¡Está cojo!

JULIA. ¡Qué lástima!

JULIANA. Ya lo creo.
No se ve aquí ni en Levante
un perro tan elegante,
y sobre todo tan feo.
Tan cariñoso conmigo,
que es por demás. Si estoy sola,
me mira... así; y con la cola
me dice... «¡Yo soy tu amigo!»
¡Y ladra con un primor!...
Ni Tamberlick, es un hecho,
da como él el do de pecho
cuando siente al aguador.
Pues si á esas gracias que expreso
uniese el poder hablar,
aún se podría sentar
sin reparo en un Congreso.
Que yo sé de más de dos
que saben tanto como él,
y hacen brillante papel
por esos mundos de Dios.
Del mismo parecer es
Casimiro.

JULIA. ¿Le ha encontrado
usted?
JULIANA. Sí; me ha acompañado
hoy á misa á San Ginés.
Allí suelo ir de ordinario,
siendo él mi escolta en la villa,
y me lleva la sombrilla,
el perrito y el rosario.
JULIA. ¡Hola!
JULIANA. Y al verme con él,
cualquiera le tomará
¡ay! por marido.
JULIA. O creerá
que es un mozo de cordel.
Pues para ello (usted no es lerda)
no le falta, aunque es bromazo,
mas que una chapa en el brazo
y en los hombros una cuerda.
JULIANA. Servir de escolta á una dama
como yo, da honor á un paje,
aun mas si el porte ó el traje
por noble al dueño proclama.
Además, que yo bien sé
se honra con serlo.
JULIA. (Con ironía.) En efecto.
JULIANA. Nos profesa tanto afecto...
JULIA. ¡Vaya! Sobre todo á usté.
JULIANA. ¿De veras? (Con remilgo.)
JULIA. Sí tal.
JULIANA. Me admiro
de oirte decir...
JULIA. La verdad;
es demasiada amistad
la amistad de Casimiro.
Por eso á mí no me extraña,
y encuentro muy disculpable
prefiera á la mas amable
y esquive á la mas huraña.
JULIANA. ¡Esquivarte! ¿Y has creido?...

Si hoy no se puso á tus pies,
la causa al menos no es
la que tú te has presumido.

JULIA. ¡Hola!... ¿Es mas grave?

JULIANA. No tal,
ni hay nada en ella que asombre;
precisamente en un hombre
es cosa muy natural.
¡Está... enamorado!

JULIA. ¡Vaya!
¿Y por eso no ha querido
subir á verme?

JULIANA. Y se ha ido
sin poder tenerle á raya.

JULIA. ¿Pues qué temores le asaltan
para abandonar así
esta casa?

JULIANA. Créeme á mí,
sobrinita, no le faltan;
pues si en ella nadie enojos
le causa ni pesadumbre,
tal vez se queme en la lumbre
de algun par de bellos ojos;
y si de tímido no,
puede pecar de modesto.

JULIA. ¿Luego él dijo quién?...

JULIANA. Ni esto;
es decir, no la nombró;
pero, tras muchos rodeos,
dijo que el amor le abrasa,
y que vive en esta casa
el iman de sus deseos.
¿No sospechas quién hirió
el alma de nuestro amigo?

JULIA. No; ¿quién es?

JULIANA. Si te lo digo
sabrás tanto como yo.
Da tortura á tu magin,
y adivina...

JULIA. ¡Phs! Deseo
saberlo sólo...
JULIANA. (Con malicia.) Te creo;
por curiosidad...
JULIA. Y, en fin,
aunque haya de ser notorio
despues, mejor quiero al punto
conocer...
JULIANA. ¡Bien!
JULIA. Y pregunto.
JULIANA. ¡Vaya! ¿Hay interrogatorio?
JULIA. Formal.
JULIANA. Pues empiece ya.
JULIA. ¿Es bonita la...?
JULIANA. ¡Pues no!
JULIA. ¿Jóven, elegante?
JULIANA. ¡Oh!
JULIA. ¿Morena ó rubia?
JULIANA. ¡Oh! ¡Ah!
JULIA. ¿Alta ó baja?
JULIANA. Así, mediana.
JULIA. ¿Rica?
JULIANA. Y con desinterés.
JULIA. ¡Toma! Pues ya sé quién es.
Se llama Julia.
JULIANA. Juliana.
JULIA. (Riendo estrepitosamente.)
¡Cómo! ¿Usted? Ja, ja. Es gracioso
el lance, y no tiene igual.
¿Es usté el original
de retrato tan hermoso?
JULIANA. (Enfadada.) ¡Vaya una risa cargante!
Pues ni que fuera yo el bu.
¿No has creido tambien tú
ser la Beatriz de ese Dante?
Pues yo tambien tengo mi alma
en mi armario, ténlo en cuenta;
y si ocasion se presenta,
no han de enterrarme con palma.

¿Es mi cara tan atroz
que pierda, si la comparas,
al lado de ciertas caras
que hacen subir el arroz?
¿O le traerá algun perjuicio
preferir á esas polluelas
insustanciales, tontuelas,
mujer prudente y de juicio?
¡Claro es que parece un sueño,
y aun yo, cuando lo medito...!
(Poniéndose la mano en el corazon.)
¡Ay! Calla, corazoncito,
que ya pronto tendrás dueño.
Me voy (Aparte.) ¡Qué dulce fatiga!...
á curar á mi *Chiné*,
y tú la risa mitiga...

JULIA. (Riendo.) ¡Bien!

JULIANA. (Yéndose.) Y á quien Dios se la dé
San Pedro se la bendiga.

(Vánse doña Juliana por la puerta del foro, y Julia por la de la derecha, llevándose su canastillo de labor.)

ESCENA V

Entra PEPA de puntillas por la puerta del foro y se pone á mirar por el lado donde se fué doña Juliana; despues se dirige resueltamente al espejo.

PEPA. ¡Ya afufó! ¡Mio es el campo!
Voy á mirarme al espejo
un poquito. ¿A ver qué tal? (Contoneándose.)
Si no peca de embustero (Señalando al espejo.)
este, me gusto infinito.
Y qué bien sienta en mi cuello
esta cruz; si me la viera
la criada del tercero
que es tan envidiosa, puede
que se arrancara los pelos
de rabia. ¿Dónde estará

á estas horas mi barbero?
(A este tiempo entra Casimiro por la puerta del foro, y se dirige á ella, que le ve en el espejo, y dice volviéndose.)
¿Pero qué es esto? ¡Aquí un hombre!
(Conociéndole.)
Válgame San... ¡Ah! Es...

CASIMIRO. (Poniéndose un dedo en los labios.) ¡Silencio!

ESCENA VI

PEPA y CASIMIRO

CASIMIRO. ¿Estás sola, eh?
PEPA. Como un hongo.
CASIMIRO. ¿Y las señoras?
PEPA. Acaban
de salir de aquí.
CASIMIRO. Me alegro.
PEPA. ¿Por qué?
CASIMIRO. Porque deseaba
hablar á solas contigo;
en la escalera me hallaba
acechando una ocasion
de colarme, cuando cata
al aguador que salia,
y ¡zas! entré.
PEPA. ¿Qué importaba
que le hubieran á usted visto?
¿No visita usted la casa?
CASIMIRO. Tienes razon, chica, pero
cada uno se entiende...
PEPA. Y baila.
En fin, descargue usté el pecho,
y despachemos, no haga
el demonio que la vieja
venga y nos coja en la trampa.
CASIMIRO. Mas nos valiera caer
de una pantera en las garras.

¡Reniego, amen, de esa esfinge,
de ese vestiglo con faldas,
mezcla de vieja y verdugo,
por otro nombre Juliana!
¡Hasta la sopa de yerbas
odio, porque es su tocaya!

PEPA. ¡Así va el mundo; ella en cambio
le tiene á usté un aquel!...

CASIMIRO. ¡Basta;
no sigas; desventurado
de mí; conque un aquel...!

CASIMIRO. ¡Vaya!
¡Y tambien la señorita,
la viudita!... ¡Pues le alaban
á usted poco y le...!

CASIMIRO. ¿De veras?
¿Mi bella, mi idolatrada
Julia... tambien?... ¡Dame albricias!
(Quiere abrazarla.)

PEPA. Quietas las manos. ¡Caramba!
Si saliera ahora... y le viese
á usted...

CASIMIRO. ¿Tan cerca se halla?

PEPA. Está en su cuarto vistiéndose.

CASIMIRO. ¿Vistiéndose?... ¡Calla! ¡Calla...
que me asesinas!... ¡Vistiéndose!...
¡Como quien dice... en enaguas!
¡Tal vez en este momento
oprime con mano blanca
aquel corsé que aprisiona,
carcere duro, sus gracias!...
¿Y... dices que está aquí cerca?

PEPA. (Señalándole el de doña Juliana.)
Allí. ¿Va usted á ayudarla
á vestirse?...

CASIMIRO. ¡Ay!... ¡Pepa mia,
lo haria de buena gana;
puedes creerme, soy yo
tan servicial!...

PEPA. ¡Linda maula!
CASIMIRO. En fin, doblemos la hoja.
PEPA. Sí, ya es hora de doblarla.
CASIMIRO. ¿Díme, la hablaste de mí?
PEPA. Hace un momento.
CASIMIRO. ¿Y su cara,
mostraba agrado escuchándote?
PEPA. (Con malicia.) ¡Phs! Se puso algo encarnada.
¡Como hace tanto calor!...
CASIMIRO. ¡Pepa, tu razon prosáica
trueca los calores; ella
debió sentir el que inflama
mi corazon; y á propósito,
¿sabes tú si la cosaca
de la vieja ha olfateado
el amor que aquí me arrastra?
PEPA. ¡No lo sé, pero es probable;
tiene una nariz tan larga!
CASIMIRO. ¿Qué importa el tamaño? Perro
de larga nariz no caza.
¡Si tuviera dos!...
PEPA. Volviendo
á mi señorita...
CASIMIRO. ¡Acaba!
PEPA. Hace poco que la hablé
de usted, aquí, en esta sala,
y á lo que alcanza mi pobre
juicio, no la desagrada
usted, pero...
CASIMIRO. ¿Hay pero?
PEPA. Sí.
Está un si es no es escamada;
dice, que dicen de usted
pestes...
CASIMIRO. ¡Hedionda palabra!
¿Y cuáles son esas pestes
que me apestan?
PEPA. ¡Eh! Niñadas.
Que hace usté el amor á todas,

y al poco tiempo las planta,
dejándolas de reemplazo;
nada mas.

CASIMIRO. ¡Miren qué falta!
¿No hace lo mismo el gobierno?
Pues nadie se lo echa en cara.

PEPA. Así, pues, es necesario
que entone usted á sus plantas
el yo pecador.

CASIMIRO. ¡La tengo
un miedo!...

PEPA. ¿Es algun fantasma,
por ventura? ¿O es preciso,
para decir á una dama,
poniendo en blanco los ojos,
«yo te adoro», y tú, «me amas»,
ser un Roldan? Además,
si no se atreve usted á hablarla,
réceselo por escrito.

CASIMIRO. Dices bien.

PEPA. ¡Y en una carta,
enjarétela usted aquello
de «Estrella de la mañana,
lucero, sol de los soles!...»
etcétera.

CASIMIRO. Sin tardanza,
(Va á la mesa, se sienta y escribe.)
voy á hacerlo.

PEPA. Qué maricas
son los hombres que se gastan
hoy. ¡No peca mi barbero
de ese defecto, á Dios gracias;
aun tirándole la rienda...
algunas veces se escapa!...
Conque digo; me parece
sentir ruido. (Mirando por la puerta del foro.)

JULIANA. (Dentro.) ¡Pepa!

PEPA. ¡Cáspita!
Me llama la vieja.

CASIMIRO. (Escribiendo deprisa.) ¡Cielos!
Tiró el diablo de la manta.
JULIANA. (Dentro.) ¡Pepa!
PEPA. (A Casimiro.) ¡Que viene!
CASIMIRO. (Ya de pie.) ¡Reniego
de mi fortuna!... (Se oyen voces dentro.)
PEPA. ¡Ya escampa!
Sálvese el que pueda.
(Váse corriendo por la puerta de la derecha.)
CASIMIRO. ¿Cómo?
¿Me abandonas? ¿Y esta carta,
á quién se la doy? ¡Por vida!
¡Si pudiera hacer, dejándola
en este cestillo, que
así á sus manos llegara!
Puede ser que cuando borde
la vea, y...
(Deja la carta en el canastillo que está desde el principio de la escena en el velador.)
JULIANA. (Dentro, pero más cerca.) ¡Pepa!
CASIMIRO. Me espanta
su voz... ¿En dónde me meto?
(Reconoce la escena dando vueltas.)
Por aquí es la retirada.
(Señalando á la puerta del foro.)
Imposible... ¡Ah!... En ese cuarto;
(Señalando al de doña Juliana; puerta lateral izquierda.)
entre una Juliana
y una Julia, opto por Julia.
(Mirando hacia donde se supone está doña Juliana.)
¡Maldita sea tu estampa! (Éntrase.)

ESCENA VII

DOÑA JULIANA, luego JULIA y PEPA, por la puerta de la derecha

JULIANA. (En la puerta del foro.)
¡Pepa! Lástima de coz.
¿Dónde andará esa rapaza

que no está aquí? Linda traza
se da en venir á mi voz. (Yendo al proscenio.)
Es mucho, mucho prurito
de incomodarme. (Salen Julia y Pepa.)

JULIA. ¿Llamaba
usté?

JULIANA. Y me desgañitaba
poniendo en el cielo el grito.
Mientras tú en tu cuarto bordas,
y charla esta señorita, (Señalando á Pepa.)
yo adentro, grita que grita;
vosotras, sordas que sordas.

PEPA. ¿Y qué nos queria usté?

JULIANA. Que vayas á hacer corriendo
la cama á *Chiné*.

PEPA. Ya entiendo;
conque la cama... á *Chiné*.

JULIANA. Es claro; aun está en la puerta
teatro de su desgracia
en una espuerta, y no es gracia
que el pobre esté en una espuerta.
¿Me has entendido?

PEPA. ¿Yo? Sí.

JULIANA. Pues ya te puedes largar.

PEPA. (Aparte, yéndose.) ¡Lástima de rejalgar
para el perro y para tí!
(Váse por la puerta del foro.)

ESCENA VIII

DOÑA JULIANA y JULIA haciendo labor

JULIA. ¿Hay esperanzas que cure
sin quedarle imperfeccion?

JULIANA. Sí, como la inflamacion
ceda pronto y no supure.
¡Fué tan espantoso el choque,
que aun tiene que padecer
mucho! Si sana, he de hacer

una novena á San Roque. (Pausa.)
¿Adelanta la labor?

JULIA. (Bordando.) ¡Phs! No adelanta gran cosa.

JULIANA. ¿A ver? Mira, en esta rosa
yo pondria otro color.
No se crian en verjel
las rosas de ese matiz.

JULIA. Cierto; pero en un tapiz
el remedo es menos fiel.
Además, de este amarillo
no me quedan más matices.

JULIANA. ¡Tonta! ¿Por qué no lo dices?
Yo tengo en mi canastillo.
(Le toma y busca en él.)
¡Jesus, qué revolucion!
Aquí debe haber andado
el gato. ¿Ves qué enredado
me ha dejado el algodon?
Ya me tiene el miz muy harta,
y si le cojo... ¿Qué es esto,
(Al decir este verso cae al suelo la carta que dejó Casimiro.)
qué hay aquí? ¿Quién lo habrá puesto?

JULIA. (Sin levantar la cabeza.)
¿Qué es, tia?

JULIANA. (Cogiéndola.) Mira, una carta.

JULIA. Raro buzon.

JULIANA. ¿Pero quién
el amanuense será?

JULIA. Abrala usted, y verá
quién la firma.

JULIANA. Dices bien.
Veamos. (La abre.) ¡Calle! ¿Qué miro?

JULIA. ¿Ha visto usted si confirma
de quién es?

JULIANA. ¡Vaya! La firma
Casimiro.

JULIA. (Levantándose.) ¿Casimiro?

JULIANA. Sí, hija, el mismo; así lo reza

su nombre, al pie de la Q.
S. P. B.—Mira tú
cómo acaba y cómo empieza. (Da la carta á Julia.)

JULIA. (Leyendo.)
«Un hombre que los enojos
de usted teme, y no por mengua;
que ha hecho callar á su lengua,
aunque ya hablaron sus ojos;
que careciendo de audacia
para decir que la adora;
en esta ocasion, señora,
apela á la diplomacia,
viene hoy á implorar contrito
su perdon ante esos pies
por amarla á usted, si es
el amar algun delito.
Si el que la rindo merece
un sí por el que suspiro,
óigale ya, quien se ofrece,
etcétera... Casimiro
de Peñafiel.—Madrid, trece.»

JULIANA. ¿Quién no entrega el corazon
á tan respetuoso amante?
¡Qué modesto y qué galante!

JULIA. Discreta es la relacion,
pues no nombra á la señora
que su cariño avasalla,
pudiendo ser, pues lo calla,
Pepa, Juana ó Isidora.

JULIANA. (Con remilgo.) Ya te dije antes que el pobre
muere de amores por mí.

JULIA. Pero tia... ¡Por Dios!

JULIANA. Sí;
no lo dudes; mira el sobre,
y de seguro está en él
mi nombre.
(Tomando el sobre de encima de la mesa y dándoselo á Julia.)

JULIA. Bien, tomo y leo.

«A la bella...» Mas, ¿qué veo? (Con ironía.)
Julia reza este papel.

JULIANA. (Tomándole.) Imposible; dice así:
«A la bella Ju... li... a...»
falta un acento en la *a*
y por eso abrevias.

JULIA. (Sonriendo.) ¿Sí?

JULIANA. Venga Dios y véalo;
además, en el tintero
se quedaria el *na*, y...

JULIA. Pero,
¿sabe usted si se quedó?

JULIANA. ¡Toma! En Alfonsa ú Obdulia
el chasco era cosa llana;
pero aquí dice «Juliana.» (Recalcando.)

JULIA. No, tia; aquí dice «Julia.» (Idem.)

JULIANA. De veras, ¿eh? ¿Crees tú
que la carta es para tí,
y que Julia dice aquí,
y que yo no sé la Q?
¿Es decir que tú te comes
las dos letras sin reparo?
Un *na*, sobrina.

JULIA. (Riendo.) Está claro,
y sin miedo á indigestiones.

JULIANA. Cada uno á su gusto pinta.
¿No pudiera ser que al pobre,
antes de acabar el sobre,
se le acabara la tinta?

JULIA. ¿Y no pudo, de la propia
manera, ser que sobrase
tinta, y no necesitase
ese *na* que usted se apropia?

JULIANA. No son verdades históricas
esas, niña.

JULIA. Mas se prestan
á dudas, y...

JULIANA. ¡Eh! Ya me apestan
tus dudas y tus retóricas.

(Aparte.) Que la carta es para mí,
conoce la menos diestra;
bien merece el pobre un *sí*
como los que hay en la muestra
del peluquero *Sisí*...
(Alto.) En fin, palabras ahorremos,
y empecemos por saber
quién ha podido traer
esa carta; tomaremos
declaracion...

JULIA. Pero...

JULIANA. Sí;
á Nicolasa y á Pepa,
y puede que alguna sepa
si es para tí ó para mí. (Aparte, yéndose.)
¡Ay! ¡Ni búlgaros ni servios
vieron lances tan soberbios:
mi perro cojo, un amante
al paño, y en un instante;
ya lo pagarán mis nervios!

ESCENA IX

JULIA, despues CASIMIRO

JULIA. Pobre tia: en su razon,
no dió aun la razon destello.
¡Aun se explica una pasion,
aun la nieve del cabello
no cayó en su corazon!
Tras *quid pro quo* estrafalario
va su vanidad en pos,
y cree más necesario
que enmendar su abecedario,
enmendarnos á las dos.
En fin, dejémoslo aquí;
el billete es para mí
porque soy la que lo inspiro...
(Se oye dentro del cuarto donde está Casimiro un fuerte golpe.)

¿Qué es eso? ¿Quién anda ahí?
(Dice acercándose á la puerta.)
¡Ay! ¡¡Un hombre!!...
(Casimiro se presenta en el umbral de la puerta, y al verlé, dice Julia:)
¡¡Casimiro!!

ESCENA X

JULIA y CASIMIRO

JULIA. (Aparte.) ¡Y en ese cuarto! ¡Es chistoso;
si aun á creer no me atrevo!...
CASIMIRO. (Aparte.)
Me he hecho un chichón como un huevo,
y ahora estoy haciendo el oso.
JULIA. Jamás sospechado habria
hallarle á usted ahí.
CASIMIRO. ¡Por Dios, Julia!
JULIA. ¿Estaba usted de tertulia
con las cofias de mi tia?
Ja, ja, ja, perdone usted
que me ria...
CASIMIRO. (Aparte.) Ya adivino;
pues señor, soy un pollino,
me ha pegado á la pared.
Piedad, Julia; yo confieso
mi falta y pido perdon.
¡Me duele tanto... (Aparte.) el chichon!
(Palpándose la cabeza con disimulo.)
¿Si me habré roto algun hueso?
Mi delito es disculpable,
y si en ese... conventículo
la he parecido ridículo,
no obstante, usté es tan amable,
que al ver la fe con que lidio,
para atenuar mi osadía...
JULIA. ¡Cuénteselo usté á mi tia!...
CASIMIRO. ¡Julia! (Aparte.) ¡Comprendo el suicidio!

JULIA. Ella sola es la agraviada,
pues que fué en su habitacion
tamaña profanacion;
su habitacion es... sagrada.
CASIMIRO. No creí, si bien lo miro,
que fuese usted tan mordaz.
JULIA. Ni yo creí tan audaz
al señor don Casimiro.
CASIMIRO. Si me escuda la amistad,
¿no he de obtener el perdon?
JULIA. (Sin oirlo.) ¡Conato de seduccion
á una mujer de su edad!
CASIMIRO. ¡Cómo! ¡Qué! ¿Usted se figura...
ni aun repetirlo podré,
que yo entré allí...?
(Señalando á la habitacion de donde ha salido.)
JULIA. Bien; ¿y qué?
Amor engendra locura,
y pues si usted la corteja...
CASIMIRO. ¡Cortejarla yo! ¿Quién dijo?...
Antes me iria á un cortijo
que cortejar á una vieja.
¿Pretende usted que me rife
y cargue, como un borrico,
con cincuenta años y un pico
mayor que el de Tenerife?
JULIA. ¿No la ha escrito usted un billete
declarándola su amor?
CASIMIRO. ¿Yo?... ¡Señora, por favor!
JULIA. Sí.
CASIMIRO. Usted me compromete.
JULIA. Negarlo fuera demencia.
¡Si yo misma lo leí!...
Luego, al verle á usted ahí,
me he rendido á la evidencia.
CASIMIRO. Sobre mi estancia ahí no argucio,
pues me cuesta un buen chichon.
JULIA. ¿Cómo?
CASIMIRO. Cayendo un cajon

vertical á mi occipucio.

JULIA. ¿Quiere usted árnica?

CASIMIRO. Gracias.
No la necesito, pues
este chichon, Julia, es
la menor de mis desgracias,
y aunque sentí, lo confieso,
la expresada carambola,
(Dice señalando á la cabeza.)
siento más la que usted sola
me ha hecho aquí, por retroceso.
(Señalando al corazon.)
Cometí la necedad
de no haber dicho al principio,
sin perder coma ni ripio,
toda, toda la verdad.
Y ahora me asalta el temor
de provocar su desprecio,
y que me tenga por necio
si la digo que mi amor
no es de Juliana ni Obdulia
ni alguna otra veterana;
detesto á doña Juliana
tanto como adoro á Julia. (Se arrodilla.)

JULIA. (Con precipitacion.)
Alce usted.

CASIMIRO. Mi fe sencilla
clavado me tiene aquí
hasta oir el dulce *sí*.
(Aparte.) ¡Qué mal me hago en la rodilla!

JULIA. Pero levántese usté.

CASIMIRO. ¡Al borde estoy de un abismo,
Julia!

JULIA. Bien; por eso mismo
debe usted estar de pié.

CASIMIRO. (Levantándose.)
Basta; veo por las trazas
que el premio de mis amores
será el del que siembra flores

y recoge calabazas.
¡¡Adios!! (Trágicamente.)

JULIA. (Asustada.) ¡Válgame la cruz!
Me ha asustado usted.

CASIMIRO. ¡No lidio
ya más; apelo al suicidio!
(Va hácia la puerta del foro.)

JULIA. ¡Ca! Si es usted andaluz.

CASIMIRO. (Volviéndose de repente y con amabilidad.)
De Málaga, sí, señora,
pero vine muy chiquito;
así. ¿Qué? (Señalando.) Más tamañito.

JULIA. Ja, ja, ja.

CASIMIRO. ¡Risa traidora,
cómo en mi pecho penetras!
¿Y qué? ¿Osará usted negarme
un sí, para escatimarme
esas dos míseras letras?

JULIA. Una ese y una *i*,
¿eh? No es poco á la verdad.

CASIMIRO. (Suplicante.) Siquiera por caridad.

JULIA. En fin... vaya por el sí.

CASIMIRO. ¡Oh ventura incomparable!
¡Oh celestial embeleso!
¿Me deja usted darla un beso?...

JULIA. (Ofendida.) ¡Cómo! (Aparte.) Se pasa de amable.

CASIMIRO. No se enoje usted en vano
si á mi frase dió otro giro;
sólo, á fe de Casimiro,
quise besarla la mano.
Pues si hay gentes cuya práctica
es hacerlo verbalmente,
yo, si he de hablar francamente,
estoy mejor por la práctica.

JULIA. (Sonriendo.) Ahí va la mano. (Aparte.) ¡Qué afan!
(Casimiro la besa repetidas veces.)

CASIMIRO. ¡Otro! ¡Otro!

JULIA. Vamos, acabe
usted.

CASIMIRO. No hay raso tan suave
en casa de Montalvan.
JULIA. Basta. ¡Si mi tia así
nos viera!...
CASIMIRO. No me la nombre
usted, porque soy un hombre
que está ya de ella hasta aquí.
¡Mejor viviera entre negras
que entre tias! ¡No en mis dias!
¿Qué tales serán las tias
siendo hermanas de las suegras?
JULIA. En su cuarto, aunque la arguya,
usted asilo buscó.
CASIMIRO. Porque no sabia yo
que esa alcoba era la suya.
Yo estaba escribiendo ahí (Señalando al velador.)
la carta que usted citaba
hace poco, y acababa
de cerrarla, cuando oí
su voz en ese pasillo,
y fué tal mi turbacion,
que adopté para buzon
de mi carta ese cestillo;
y por evitar su encuentro
y no admirar tanta arruga,
puse en práctica la fuga,
escondiéndome allí dentro.
(Señala al cuarto de doña Juliana.)
JULIA. Era su cestillo.
CASIMIRO. ¡Oh!
JULIA. De modo, que al verla allí
ella dijo: «Es para mí.»
CASIMIRO. ¿Y cuando el sobre leyó
en caracteres cursivos,
no vió un Julia?...
JULIA. ¡Ba! El asunto
es ese; faltaba un punto,
y los hizo suspensivos.
CASIMIRO. ¡Horror! ¿Y en esa comedia

me da á mi papel tan feo?
Me quejaré al Ateneo,
y despues á la Academia.
Pues si ella, por un resíduo
tan ruin, mi carta se apropia,
no es cosa decente y propia
que se apropie mi individuo.

JULIA. ¿Y qué hacer?

CASIMIRO. Cosa es sencilla
y muy fácil de arreglar.

JULIA. ¿Cómo?

CASIMIRO. Déjeme usted obrar.

JULIA.. ¡Pero!...

CASIMIRO. ¿Hay aquí campanilla?

JULIA. Sí, señor; pero vendrán
si llama usted.

CASIMIRO. Es consiguiente:
Para eso precisamente
llamo; yo tengo mi plan.
(Tira fuertemente de una campanilla que habrá junto á la chimenea ó consola.)

PEPA. (Saliendo por la puerta del foro.) ¿Llaman?
(Aparte al verlos.) ¡Hola!

CASIMIRO. Acércate.
(Se la lleva aparte y la dice.)
¿Dónde está esa Celestina?

PEPA. ¿Quién?

CASIMIRO. La tia.

PEPA. En la cocina,
haciendo tila á *Chinè*.

CASIMIRO. Pues ve y dila que hay aquí
quien hablarla solicita.

PEPA. ¿Es... usted?

CASIMIRO. Sí.

PEPA. ¿La visita?...

CASIMIRO. Sí.

PEPA. ¿Qué la espera?...

CASIMIRO. (Impaciente.) Sí, sí.

PEPA. Está muy bien.

(Aparte al irse.) Por lo visto
ya se arrulla esta pareja;
¿si le hará gracia á la vieja,
ó habrá la de Dios es Cristo?
(Váse por la puerta del foro.)

ESCENA XI

JULIA y CASIMIRO

JULIA. ¿Qué proyecta usted?
CASIMIRO. ¿Yo? Nada.
Probar, á fuer de verídico,
lo que en lenguaje jurídico
llamamos la coartada.
JULIA. Pues yo me retiro.
CASIMIRO. Bien;
hasta luego, Julia mia.
JULIA. (Con malicia.) Cuénteselo usté á mi tia,
y Dios le proteja.
CASIMIRO. (Besándola la mano.) Amen.
(Váse Julia por la puerta de la derecha.)

ESCENA XII

CASIMIRO

CASIMIRO. Por fin logré la victoria
alcanzar. ¡Ea, acabemos!
Siento pasos. Como soy
Casimiro, tengo miedo
á doña Juliana. ¡Cáscaras!
Parece cosa de juego,
pero un desafío... á vieja
siempre es á muerte.
(Viendo á doña Juliana en el umbral de la puerta del foro.)
¡Hum! ¡Qué gesto!

ESCENA XIII

DOÑA JULIANA y CASIMIRO

JULIANA. (Sin verle.) ¿Quién será? ¿Pero qué miro?
¡Casimiro!... ¡Tanto bueno!...
CASIMIRO. (Haciéndola una profunda cortesía.)
¡Señora doña Juliana!...
JULIANA. (Lo mismo.) ¡Muy señor mio y mi dueño!
¿Pero qué hace usted ahí de pié?
Vamos, tome usté asiento
(Casimiro se sienta al otro extremo del teatro.)
aquí, á mi lado. Más cerca.
(Casimiro se sienta pegado á ella.)
Así. (Aparte.) ¡Qué busto tan bello!
CASIMIRO. (Haciendo la misma cortesía anterior.)
¡Señora doña Juliana!
JULIANA. (Idem.) ¡Don Casimiro! (Aparte.) ¡No acierto
á explicarme!... ¡Qué cambiado
está, y qué grave! (Alto.) ¿A qué debo...?
CASIMIRO. (Repitiendo el juego anterior.)
¡Señora doña Juliana!...
JULIANA. ¡Casimirito, protesto
contra tantas cortesías;
parece usté un palaciego
en dia de besamanos!
Basta de saludos.
CASIMIRO. (Gravemente.) Ceso,
señora doña Juliana,
y mi relacion comienzo.
(Volviéndose á mirar á todos lados, dice:)
¿Estamos... solos?
JULIANA. (Haciendo dengues.) Solitos.
CASIMIRO. ¿Está usted segura?
JULIANA. (Retirando la silla.) ¡Cielos,
qué miradas! (Aparte.) ¿Si querrá
seducirme? ¡Ay, no lo temo!
CASIMIRO. ¿Usted habrá recibido,

ó leido por lo menos,
una carta mia?

JULIANA. (Señalando al velador.) Ahí
la tiene usted, picaruelo.
(Aparte.) No sé si ruborizarme.
(Alto.) Me la encontré en ese cesto.
(Señalando al suyo, que está en la mesa.)

CASIMIRO. Es verdad; la dejé allí
no hace mucho rato.

JULIANA. Luego
despues que nos separamos
á la salida del templo,
volvió usted?

CASIMIRO. Usted lo ha dicho.

JULIANA. Pues en verdad no comprendo...

CASIMIRO. (Repitiendo las anteriores cortesías.)
¡Señora doña Juliana!...
dispense usted si me atrevo
á interrumpirla, y prosigo
mi relacion. Es el cuento
que yo estoy enamorado.

JULIANA. ¿Enamorado?...

CASIMIRO. Hasta el hueso.

JULIANA. Ya me lo dijo usted antes,
aunque con muchos rodeos,
y esa carta se refiere...
tambien á un amor...

CASIMIRÓ. ¡Inmenso!
¡Sublime! ¡Grande! ¡Magnífico!

JULIANA. (Aparte.) ¡Qué elevacion de conceptos!
(Alto.) Prosiga usted.

CASIMIRO. Este amor,
que á la par que es mi embeleso
quema y roe mis entrañas,
como el buitre á Prometeo,
no puede ya contenerse;
bulle, como el agua hirviendo
en la caldera, y si no
se abre la válvula presto,

de la explosion... ¡¡Pum!!
JULIANA. (Dando un salto.) ¡Jesus!
CASIMIRO. El mejor dia reviento.
JULIANA. ¿Y á dónde se halla esa válvula,
diga usté?
CASIMIRO. En el lado izquierdo;
salva la parte. (Señalando al corazon.)
JULIANA. ¡Tambien
en ese costado tengo
yo, no sé si será válvula,
pero noto un cosquilleo
á veces...!
CASIMIRO. ¡¡Señora!! ¿Usted...
lo nota?
JULIANA. (Con remilgo.) ¡Ay! Sí.
CASIMIRO. (Aparte.) Algun insecto.
¡En fin, basta, Julianita;
ya llegó el atroz momento
de que mi lengua desate
los lazos que la oprimieron;
salga este amor á torrentes;
hierva agitado este pecho;
(Exaltándose por grados.)
ruede como una peonza
dentro de mi frente el vértigo
que oscurece mis pupilas
y que eriza mis cabellos!
¡La fiebre seca mi lengua...!
JULIANA. (Aparte.) Nadie lo diria oyéndolo;
si habla más que un sacamuelas.
(Alto.) ¿Pero á qué viene...?
CASIMIRO. (Levantándose.) A que quiero
desenlazar este drama
de un modo atroz, estupendo;
darle un final espantoso,
que recuerde á los modernos
dramaturgos. ¡Sí, el romanti-
cismo es la antorcha del genio!
¡Sangre y matanza!

JULIANA. ¡Es muy pronto!
Eso allá, por San Eugenio.
CASIMIRO. (Sin hacerla caso ni oirla.)
¡Mato á Julia, luego á Pepa,
despues la doy á usted el quiebro...
y...!
JULIANA. (Levantándose.) ¡Cómo el quiebro! ¡Oiga usted!
CASIMIRO. Tres estocadas de pecho
hasta la cruz, y en seguida
(Imitando la accion de degollarse.)
¡zas! un tajo y me degüello.
JULIANA. ¡Ave María Purísima!
(Aparte.) Como soy que tengo miedo.
¿Si será algun nuevo Tropman?
Y yo aquí sola.
CASIMIRO. ¡Ya espero!
(Cruzándose de brazos.)
JULIANA. Vamos, serénese usted;
no hay motivo para eso.
Por lo pronto, sepa usted
que su carta aquí halló eco.
(Señalando al corazon.)
Y aunque el rubor me lo veda
hasta cierto punto, puedo
asegurarle que al fin
ha de obtener usté el premio.
¿Vamos?... ¿He de decir más?
CASIMIRO. ¿Qué? No, señora; con eso
hay para matar á un hombre
más robusto que un gallego.
¿Conque es verdad? ¿Soy amado?
El gozo me turba el seso,
Julianita, y á tus plantas,
(Se arrodilla y la toma las manos.)
perdona si te tuteo,
rendir quiero de mi amor
los amorosos trofeos.
JULIANA. ¿Pero qué? ¿Habla usted de veras?
CASIMIRO. ¿Lo duda usted?

JULIANA. (Aparte.) ¡Qué mareos!
¡Yo adorada, y por un pollo!...
CASIMIRO. (Aparte.) ¡Cuidado si es vieja!
JULIANA. (Aparte.) Tengo
escalofríos.
CASIMIRO. (Con ternura.) ¡Juliana!...
¡Dáme un abrazo!... ¡El primero!...
(Aparte.) Y el último.
JULIANA. (Haciendo dengues.) ¿Y mi rubor,
ingrato?...
CASIMIRO. (Vivamente.) Yo le respeto,
es verdad; (Aparte.) el año doce
puede ser que... lo confieso;
¿pero el setenta? Abrenuncio.
(Alto.) ¡¡Juliana!!
JULIANA. ¡¡Ay!!... ¿Qué?
CASIMIRO. (Tomándola una mano.) (Aparte.) Vaya un feo
subido. (Alto.) ¿Quieres casarte?
JULIANA. (Aparte.) Qué pregunta. (Alto.) ¡Yo!...
CASIMIRO. ¿Qué es eso?
¿Vacilas?... ¿Dudas?...
JULIANA. (Bajando los ojos.) Si usted...
se empeña... yo, por mí... accedo.
CASIMIRO. Pues ve á hacer el equipaje.
JULIANA. ¿Y á dónde vamos?
CASIMIRO. A Reus.
JULIANA. ¿A Reus?
CASIMIRO. Sí.
JULIANA. ¿Y á qué santo
irnos allí?
CASIMIRO. Es mi secreto,
pero voy á revelártelo.
(Llevándosela aparte.) Oye.
JULIANA. (Aparte.) No sé por qué tiemblo.
CASIMIRO. ¿No has oido veces mil,
desde hace casi dos años,
hablar á propios y extraños
del matrimonio civil?
JULIANA. (Embobada.) Sí, señor.

CASIMIRO. Perfectamente;
¿y... no comprendes?...
JULIANA. No á fe.
¿Pretende usté acaso que
nos casemos civilmente?
CASIMIRO. Sí.
JULIANA. (Cruzándose los brazos sobre el pecho.)
¡Jamás!
CASIMIRO. ¡Bah! ¿Qué te apura,
si allí nos dará de balde
su bendicion un alcalde,
en vez de dárnosla un cura?
¡Tu Diciembre con mi Abril
unirá el Ayuntamiento,
y así nuestro casamiento
será carga concejil!
JULIANA. ¡¡Sacrilegio!! ¿Y mi conciencia?
CASIMIRO. Queda á salvo. Ya he pensado
en eso; yo en el pecado
llevaré la penitencia.
JULIANA. ¿Pero, señor, y por qué,
yo que soy buena católica,
y romana, y apostólica,
me he de casar...?
CASIMIRO. (Aparte.) La clavé. (Pausa.)
JULIANA. (Aparte.) ¡Su silencio me horripila!
¿Y bien?...
CASIMIRO. (Con misterio.) Oye friamente,
Juliana... yo soy... cliente
de Suñer y Capdevila.
JULIANA. (Haciéndole la cruz.) *Vade retro*, Satanás.
Fugite. (Huyendo.)
CASIMIRO. (Persiguiéndola.) Escúchame.
JULIANA. No.
¡Aparta!!
CASIMIRO. ¿No me amas?
JULIANA. ¿Yo?
No. ¡Jamás! ¡Jamás!! ¡Jamás!!!
(Váse corriendo por la puerta del foro.)

ESCENA ULTIMA

CASIMIRO y luego JULIA

CASIMIRO. (Riendo.) ¡Ja, ja! ¡Cómo latiniza,
y cómo corre! Va al hopo.
Si tiene á mano un hisopo,
de seguro me exorciza.
(Acercándose á la habitacion de Julia.)
¡Julia!
JULIA. (Saliendo.) Aquí estoy.
CASIMIRO. Mi oratoria
ha sido brillante.
JULIA. ¿Sí?
Me alegro.
CASIMIRO. ¿Oyó usted?...
JULIA. Oí.
CASIMIRO. ¿El premio de la victoria
será esta mano? (Tomándosela.)
JULIA. (Retirándola.) Corriente;
pero...
CASIMIRO. ¡Oh!
JULIA. No digo que no,
pero sepa usted que yo (Con malicia.)
no me caso civilmente.
Cuádrele á usté ó no le cuadre,
la religion es mi ejemplo;
yo he de casarme en el templo
como se casó mi madre.
CASIMIRO. ¿Y ha podido usted dudar
de mi acrisolada fe,
Julia?
JULIA. Se lo digo á usté
por lo que pueda tronar.
Fué un ardid, ya lo sé yo;
pero soy cristiana vieja,
y esta fe, en mí tan añeja,
mi madre me la enseñó.

Ella alumbra y vivifica
ella aureola gloriosa
da á la frente de la esposa
cuyos lazos santifica.
Ella á las madres consuelo
da en sus afanes prolijos,
y los ángeles del cielo,
por ella ciernen su vuelo
en la cuna de sus hijos.

CASIMIRO. Bien haya esa boca.

JULIA. (Con tono chancero.) Mil
podrán irse á Reus, pero
yo matrimonio no quiero
ni militar ni civil.

FIN DEL JUGUETE